

cardoza y aragón/enrique krauze/víctor urquidi:

DANIEL COSIO VILLEGAS (1898-1976)



◀ **DIORAMA**  
**EXCELSIOR**  
EL PERIÓDICO DE LA VIDA NACIONAL

MEXICO, D. F., DOMINGO 14 DE MARZO DE 1976

◀ eugenio montale:

“vivir hoy es transigir con la conciencia”

◀ profecías para el último cuarto del siglo

Hacia 1923, Manuel Gómez Morín, director de la escuela de Derecho y Jurisprudencia, encargó a Cosío Villegas la creación de un curso sobre "sociología mexicana". Eduardo González Campos, uno de los alumnos de Cosío, tomó taquígraficamente el curso completo. Aquí presentamos el texto de la primera lección, cedido por el Colegio de México.

SEÑORES:

Al inaugurar el Curso de Sociología Mexicana —por la primera vez en la historia de nuestra Universidad— siento la responsabilidad del que cruza —acompañado— un camino desconocido, haciendo el papel de guía. Y el temor,

por supuesto, es la impresión que domina.

A pesar de mi general optimismo; a pesar de mi gran entusiasmo por las cosas de la enseñanza; a pesar de que, por lo regular, confío en mis propias fuerzas; a pesar de todo eso, siento ahora no el placer de la innovación, sino el temor de la aventura.

Mi temor no es fracasar como profesor ni como universitario. Mi temor, es no daros una idea cálida —humana— de lo que es nuestro país. Más que una cuestión de ciencia, es una cuestión de arte, de evangelio, de humano calor, de humano entusiasmo.

Si al final de nuestro curso sintiérais como yo, la vaga, la inquietante vaga impresión de que en México se agita algo en el fondo, de que hay algo misterioso y profundo que se mueve, algo que a veces causa angustia, angustia que se transforma bruscamente en seguridad —plena, radiante, feliz— en el porvenir definitivo de nuestra patria; si sintiérais eso, cualquier sacrificio, cualquier temor, habrían de desaparecer.

¿Habeis oído a lo lejos —alguna vez— el sordo rumor de una fábrica, de un taller? Pues algo semejante hay en el fondo de cada espíritu, en el espíritu de todo nuestro pueblo, en esa alma de realidad innegable que cada pueblo posee.

Pero no sabemos si ese sordo rumor es de cosas que se hacen o de cosas que se acaban; no sabemos —en momentos de angustia—, si la fábrica, si el taller hará todo o terminará con todo. ¿Sordo rumor de máquinas, pero quién sabe si de máquinas infernales! No sabemos si nuestra incertidumbre espiritual se transformará con el tiempo en canto radiante de feliz victoria o en lamentación de desgracia definitiva.

Y para saberlo —para sentirlo al menos— necesitamos llegar al fondo de las cosas, a palpar el fluido sutil de las almas. ¡Necesitamos arrojarnos al fondo del océano para saber qué hay en las entrañas de la tierra!

Al fondo de las cosas no se llega sino con crítica. Para saber es necesario herir; para conocer, es necesario cortar; ese es el sentido profundo que tiene en medicina la anatomía, la disección.

Hay que hacer la crítica de nuestro país, de su situación, de sus riquezas, de sus ciudadanos. De lo contrario, seguiríamos haciendo literatura; seguiríamos cantando odas a la naturaleza tropical del suelo; odas a la nobleza y cortesía del indio; odas al porvenir de la patria y a las cualidades de sus hijos. Esto puede y debe hacerse en la escuela primaria; pero en una facultad universitaria está prohibido mentir.

Crítica, crítica severa, honrada, cuidadosa; pero crítica y siempre crítica, aun cuando a veces resulte amarga y dolorosa. Por eso, al tratar los diversos puntos de nuestro programa: territorio, población, actividades económicas, religión, etcétera, expondremos todo bajo la forma de problema, de dificultad. Las cosas buenas están bien. Las malas son las que hay que remediar. Es más honrado y más útil saber con lo que no se cuenta, que jactarse de lo que se posee. Por eso es más humana la actitud del pobre que la del rico.

Contra el empleo del método crítico en nuestro curso no se nos podrá objetar siquiera que nuestro siglo es de entusiasmo y no de crítica. Tampoco se nos podría objetar que si el país no avanza es por exceso de crítica. El país no avanza porque no se sabe a dónde es necesario llegar. Sólo por un espíritu de paradoja puede decirse —como ha

carbona y vidrio/entique Krause/victor

DANIEL COSIO VILLEGAS



un texto inédito:

## “para saber es necesario herir”

Por DANIEL COSIO VILLEGAS

dicho un inteligente norteamericano—, que México se había hundido por la sabiduría de los viejos y que se salvaría por los errores de los jóvenes. Al contrario: los viejos pudieron y se equivocaron: aún ese lujo les estaba permitido; pero a nosotros los jóvenes no nos está permitido ni un error. Un error en estos momentos significaría no una simple desviación en el camino, sino su pérdida definitiva. Las cosas que se hacen ahora en México pueden tener poca importancia actual; pero de aquí a veinte años, serán tal vez definitivas; para nuestro bien o para nuestro mal. Entonces será muy difícil el remedio. La formación de México será muy lenta; pero llegará un momento en que esa fuerza misteriosa de sordo rumor que ahora principia a nacer, nos unirá bruscamente a todos, estrechará nuestros cuerpos y nuestras almas, nuestras obras y nuestras instituciones, cristalizándolas. Si hemos procedido bien, el cristal está hecho. Si hemos procedido mal habrá que modificar. Y el cristal sólo puede modificarse rompiéndolo, destruyéndolo para siempre. Veremos todo críticamente: como dificultad, como problema, como escollo.

Tal vez se nos tachará de pesimistas. Y no es cargo insignificante éste. El pesimista es traidor al espíritu cristiano del universo. Además, representa lo negro, lo que absorbe y no irradia luz. En rigor, lo único que pasa es que tenemos prisa por saber lo que hay y lo que vale. Y en lugar de felicitarnos por lo bueno, de alabarlo, de hacerle propaganda, queremos saber los inconvenientes, las dificultades. No es una cuestión de opinión sobre el mundo, sobre la vida, la que nos obliga a adoptar un método crítico. Es —simplemente— la falta de tiempo y el odio a la literatura de las odas.

Y si después de haber señalado todas las dificultades, todos los problemas, de haberlos dado a conocer, de haber puesto al servicio de sus soluciones todos nuestros esfuerzos y nuestro vigor todo, nuestro país no triunfa ni avanza, habríamos de creer que una fuerza superior —la mano de Dios o del demonio— traza el camino fatal de los pueblos y de las hombres y que el nuestro era fracasar.

Al menos, habremos cumplido con nuestro deber. Así debe entenderse —como el cumplimiento de un deber: de vuestra parte y de mi parte—. este Curso de Sociología Mexicana que hoy se inaugura.